

Viernes XXVIII del TO
Ciclo A



20 de octubre de 2023

Rm 4, 1-8

Sal 31

Lc 12, 1-7

P. Eduardo Suanzes, msps

Concluíamos ayer con relación a la «justicia de Dios» de que hablaba Pablo en el texto anterior al de hoy que decir que «*se ha manifestado la justicia de Dios*», es como decir: se ha manifestado la bondad de Dios, su amor, su misericordia.

Me gustaría profundizar un poco más sobre esto. La clave de todo, decía Pablo, es la fe. Esa sería nuestra respuesta. Pero ¿de qué fe se trata, cuando se habla de la justificación «*mediante la fe*», es decir, que Dios nos hace justos por nuestra fe?. No se trata ciertamente de una adhesión intelectual. Se trata de una fe muy especial: **la fe-apropiación**, ¡la fe que hace el gesto audaz!. En el fondo, se trata de decir sencillamente un «¡sí!» a Dios. Dios había creado libre al hombre, para que pudiera aceptar libremente la vida y la gracia; aceptarse como criatura beneficiada, «agraciada», por Dios. Esperaba sólo su « ¡sí!»; sin embargo, recibió de él un «no». Ahora Dios ofrece al hombre una segunda posibilidad, como una segunda creación; le presenta a Cristo como expiación y le pregunta: « ¿Quieres vivir en su gracia, en él?» Creer significa decirle: « ¡Sí, lo quiero!» E inmediatamente eres una criatura nueva, más rica que antes; eres «*creado en Cristo Jesús*»¹. Por eso se llama **fe-apropiación**, porque se trata de apropiarse (usurpar) la misericordia que ofrece Dios en Cristo Jesús. No es algo que me he ganado yo, es algo que se me ofrece en el corazón abierto de Cristo.

Es sorprendente cuán poca gente hace este gesto de apropiación personal de la misericordia de Dios. Su botín es «la vida plena, feliz y realizada...la vida eterna que comienza desde acá» y el modo de hacerlo es «creer» con una **fe-apropiación**.

Imagina —decía San Juan Crisóstomo— que haya habido, en el estadio, una épica hecha. Un valeroso se ha enfrentado al cruel tirano y, con enorme fatiga y sufrimiento, lo ha vencido. Tú no has combatido, ni te has fatigado ni has sufrido heridas. Pero si admiras al valeroso, si te congratulas con él por su victoria, si le impones coronas, provocas y enardeces a la asamblea en su favor, si te inclinas gozoso ante el triunfador, le besas la frente y le estrechas la mano; en definitiva, si tanto le admiras, como para considerar como tuya su victoria, yo te digo que, ciertamente, tendrás parte en el premio del vencedor. **Pero, hay más: supón que el vencedor no tenga ninguna necesidad, para sí mismo, del premio conquistado, pero desea, más que ninguna otra cosa, ver honrado a su partidario y considera como premio de su combate la coronación del amigo, en ese caso, este hombre ¿no obtendrá la corona, aunque no se haya fatigado ni haya sufrido heridas? ¡Claro que la obtendrá! Pues bien, así sucede entre Cristo y nosotros.** Incluso cuando aún no nos hemos fatigado, ni hemos luchado —sin tener todavía ningún mérito—por medio de la fe

¹ Cfr. Ef 2, 10

nosotros enaltecemos la lucha de Cristo, admiramos su victoria, honramos su trofeo que es la cruz, y a él, valeroso, mostramos amor vehemente e inefable; hacernos nuestras aquellas heridas y aquella muerte².

Con relación al Evangelio, en la cultura judía, la levadura a veces era mirada peyorativamente como negativa o peligrosa. Lo vemos en este Evangelio en que se emplea así en un dicho de Jesús: «*Guárdense de la levadura de los fariseos*». La levadura ejerce una acción oculta, que no se ve, y proviene de la fermentación. Por eso dirá Jesús que lo que no se ve saldrá a la luz: no habrá proceso oculto que no salga a la luz. Era la levadura considerada como un símbolo de la corrupción moral, máxime en una cultura como la israelita, en la que el fermento era equiparado con lo no sagrado, mientras que el pan sin levadura, el pan ácimo, con lo santo, con lo sagrado. Si ellos son la levadura, se desprende que Jesús, por el contrario, es el pan ácimo por excelencia: el santo, el sagrado. En él no hay fermentación, no hay proceso oscuro; no hay nada en Jesús que no se vea; él es el rostro de la misericordia del Padre. Todo en él es revelación. Precisamente, en Jesús, lo oculto sale a la luz, lo escondido se proclama a los cuatro vientos. De ahí que para el cristiano, la sinceridad, la transparencia con uno mismo, con Dios y con los demás son requisitos básicos para el seguimiento.

Luego Jesús habla del miedo. El evangelio, con su sabiduría, incide repetidamente en la presencia del miedo en el hombre, algo que es inevitable³. Y, frente a él, llama a tomar consciencia de que es posible superarlo desde el ser profundo que somos en Dios. Es sintomático el repetido contraste que los evangelios establecen entre «miedo» y «fe», poniendo a la fe como camino para superar el miedo. La fe es confianza, es hacer presente nuestro ser profundo, nuestro ser en Dios, que logra disipar todo temor mental.

Se habla de una situación muy humana, la del miedo-temor, que es posible vencer. Las pruebas o dificultades de la vida están ahí, acechan a cualquiera, y es lógico y natural sentir esa alerta del miedo. Lo malo no es tener miedo, sino sucumbir a él. Esto sería «ceder a la tentación» o «caer ante la prueba». Jesús apela a una fuerza mayor, la de Dios, la del ser profundo de cada hijo que es en Dios. Situándose en esa fuerza, haciendo presente (consciente) esa unicidad con Dios (eso es la fe), el miedo puede ser vencido. «*No teman, pues ustedes valen mucho más que todos los pajarillos*»⁴

² Cfr. S. JUAN CRISÓSTOMO. *Homilía sobre el cementerio y la cruz*; PG 49, 396, y N. CABASILAS, *La vida en Cristo*, I, 5; PG 150, 517

³ Mc 4 (pasaje de la tempestad); Mc 6 (aparece Jesús caminando sobre las aguas); Mc 5 (la mujer impura que ha infringido la ley al tocar a Jesús); y también en este capítulo cuando cura al hijo del jefe de la sinagoga; Mc 9 (la trasfiguración); Lc 5 (vocación de Pedro: « no temas desde ahora serás...»); Lc 24 (aparición de Jesús a los discípulos encerrados);...y el pasaje del evangelio de hoy.

⁴ Cfr. SIXTO IRAGUI, *El Jesús histórico. Cap.5 Dios es Padre- Abbá*.